

## LAS TRAYECTORIAS DE UNA REVOLUCION\*

ROBERT A. SOLO

¿QUÉ es una revolución social? Es un cambio profundo en que el hombre entra en un nuevo orden de vida donde la forma de asociación y las posibilidades de realización humana son de otra dimensión. Vivimos en una época de revoluciones en que el cambio, como viento poderoso, aleja de nosotros el presente, antes de que podamos captar su sentido. Este cambio es tan violento que le es difícil al hombre comprenderlo y aceptarlo. Aun así es el destino del hombre de pensamiento pequeño el tratar de poner lo infinito bajo su control.

Karl Marx creía que la revolución sigue una sola trayectoria; un camino recto con paredes fijas: desde aldea feudal a ciudad burguesa y de ahí, bajo tutelaje proletario, a la utopía socialista. Pero Marx fue un hombre amargado y destrozado por la vida que a pesar de su enorme visión no pudo darse cuenta de que en la realidad no sucede como él decía.

A fines del siglo, otro comunista vio que la fuerza motriz de la revolución sigue muchos caminos. León Trotski, un hombre, genial que fue enjuiciado por ser líder del levantamiento contra el Zar en 1906, predijo que la revolución socialista se daría no en el propicio capitalismo de Occidente, sino en la Rusia agraria. La revolución de 1918 siguió paso a paso el camino que Trotski había predicho. Por eso, para comprender a cabalidad el curso de la revolución recordemos la Rusia que vio Trotski.

El centro lo constituía el poder despótico del Estado dominándolo todo. El Estado era la institución social, el "locus" de la vida rusa, el árbitro del pensamiento, el censor de la fe, dispensador de religión, mecanismo de acción social. Este Estado no fue creación ni instrumento de una clase, más bien las clases fueron formadas para acomodar las necesidades del Estado. El "boyar" era su agente. El campesino su sirviente. El intelectual su escribano. Su arrogante desarrollo agotaba

las energías y los recursos de generaciones. Por eso creció rico y poderoso mientras todo lo demás permanecía necesitado y estéril. Pero esa centralización de todas las energías y poderes sociales fue necesaria para que un pueblo atrasado pudiera sobrevivir el ataque sin fin de civilizaciones más avanzadas. Contrastando con la simplicidad del Estado ruso, en Occidente se desarrollaba una multitud de grupos de caracteres perfilados y peculiares y de influencia recíproca.

En Rusia no había equivalente a la aristocracia europea con su sentido de misión y su sentido de nobleza. No había equivalente a la Iglesia Católica reclamando dominio soberano sobre las almas de todos los hombres, ni tampoco las Iglesias Protestantes formadas en el individualismo y en la rebelión. "Ese encaje gótico que es el Feudalismo no ha prosperado en nuestro país. Nosotros carecemos de la materia prima necesaria para ello. Habríamos vivido mil años en cabañas sin soñar jamás de arcos y espirales góticos", escribía Trotski.

No existía una clase como la de los mercaderes y los artesanos de los pueblos medievales de Occidente, que había surgido para quebrar el poder de la Iglesia Católica, nivelar la aristocracia, y hacer posible la revolución industrial. "En ninguna parte de Rusia, escribía Trotski", se había tenido la experiencia de oficios, gremios, municipios, universidades, elecciones y disputas que hicieron posible el hermoso hábito del gobierno propio y el desarrollo de la personalidad humana, una personalidad burguesa, sí, pero una personalidad y no un insecto que cualquiera puede pisotear.

La vieja Rusia no era una comunidad de artesanos, mercaderes, aventureros o banqueros. El pueblo era un grupo de barracas, un centro administrativo, un fuerte. Los oficios fueron desarrollados bajo el control de la policía. En el siglo XX se trajo a Rusia un comienzo de industria moderna, organizado por extranjeros y patrocinado por el Estado. El capitalista ruso poseía parte de esta industria pero no la había concebido ni la había creado. El no era su constructor sino el accionista interesado en los dividendos.

Las cargas del mundo moderno no se daban en el Estado zarista. Como era inadecuado e incorregible, el Estado zarista estaba destinado a caer y esto reduciría a polvo a sus agentes: la clase media y el clero. Ninguno de los revolucionarios rusos dudaba que cuando ocurriera el colapso, el poder burgués reemplazaría al del Estado zarista. Inevitablemente, de acuerdo con los comunistas y los sociales demócratas, los bolcheviques y los mencheviques, Lenin y Plekanov, la burguesía estaba destinada a traer a Rusia la revolución industrial y el liberalismo democrático que ya ella había hecho florecer en Europa Occidental. Sólo Trotski negaba que esto fuera a suceder así porque en Rusia no había

una burguesía capaz de derrocar al Zar y ejercer el poder en su lugar. El capitalismo exige una clase de capitalista que no existía en Rusia. En Rusia el capitalista era dueño pero no actuaba; en Occidente el burgués revolucionario había sido el núcleo creador y director de la comunidad trabajadora y tenía su vista fija en el futuro. El capitalista ruso no tenía misión que cumplir, ni tarea esencial ni función primordial; no era indispensable y la revolución lo ignoraría. Pero tampoco serían las masas rusas quienes llevarían a cabo la revolución. La masa rusa era el campesino y éste podía resistir y destruir, pero no podía reformar ni gobernar; su poder estaba disperso porque cada cual no veía más allá de su aldea. Sólo soñaba con poseer la tierra que trabajaba.

El proletariado era escaso pero unido, situado estratégicamente, fortalecido por la opresión, resentido por las injusticias, ávido de doctrinas revolucionarias. Por eso Trotski señaló al obrero industrial como el instrumento de la insurrección y la base del poder revolucionario.

Así fue como sucedió. El Estado zarista cayó bajo la presión de una gran guerra y arrastró consigo sus agentes y sus parásitos. Una insurrección proletaria lo derribó. El partido de los capitalistas fue el primero en heredar el poder, pero sus raíces desaparecieron enseguida. Luego vinieron los menchevíques que se entregaron a la democracia y al capitalismo como el primer paso en la transición hacia el socialismo. Los acontecimientos los echaron prontamente al olvido. Los bolcheviques asumieron el mando cediendo a la sed de tierras de los campesinos y fundamentando el poder en el apoyo de los trabajadores industriales. Sólo había dos fuerzas de oposición continua: los restos del destrozado Estado zarista cuyo fracaso se veía en su propósito de reposar una sociedad ya desaparecida y el nacionalismo reprimido que triunfó en parte como en Polonia y Finlandia.

Trotski y la historia nos han enseñado que no existe una sola fórmula para la revolución: ésta sigue el terreno particular de cada sociedad. Hay muchos caminos.

Pero Trotski estaba equivocado en parte. El creía que el proletariado podía hacer algo más que una insurrección, que remodelaría la sociedad y gobernaría. Anticipó un proletariado que impondría su visión y manifestaría sus valores en leyes y en una forma de gobierno. Y para Trotski "un proletariado capaz de ejercer la dictadura sobre una sociedad no toleraría una dictadura sobre sí mismo". El proletariado resultaría victorioso, dominante, democrático. Nada de esto sucedió. El proletariado en vez de gobernar fue gobernado, oprimido, encadenado y esclavizado.

Es extraño que un hombre tan genial como Trotski idealizara de esa manera al obrero ruso. ¿Cómo podía él suponer que el obrero in-

dustrial ruso, embrutecido, borracho, violento, inculto y vulgar podía convertirse de momento en algo que no fuera "un insecto que cualquiera puede pisotear", podía en seguida adquirir la cultura, la perspectiva, el precioso hábito de gobernarse a sí mismo que en todos los demás países había tomado siglos desarrollar? La razón es que Trotski era un fanático religioso fiel a la revelación de Marx. Para su doctrina, como para otras doctrinas, hay una raya tras la cual la verdad se convierte en blasfemia. Para su fe, igual que para otras, hay cosas que no deben ser tomadas como meras percepciones visuales sino como dictados de la voluntad. En la apoteosis comunista el trabajador era un arcángel protegiendo la entrada al paraíso. "Para los marxistas el proletariado es el Salvador, el Poder predestinado", dijo Henry de Man.

No fue la voluntad del proletariado ni de la burguesía lo que revolucionó la sociedad rusa. Ese fue el gran logro de la minúscula, variable y peculiar clase ilustrada rusa que fue quien concibió la revolución, la llevó a cabo y logró imponerla y que fue luego destruida casi totalmente por ella.

Cada sociedad tiene, o puede llegar a tener, en su seno un grupo que podríamos llamar la élite revolucionaria. Este grupo juega un papel importante en la vida de toda sociedad. Esta élite no tiene que ser necesariamente la mejor, ni la más sabia, ni la de mejores logros, ni la más educada, ni la más radical. Se distingue por ciertas inclinaciones y cualidades mentales que caracterizan a los individuos y los unen en asociación o en oposición. Tiene propensión al cambio y como consecuencia interés en las potencialidades de cambio. Está orientada más hacia lo político que a lo personal, hacia el logro social más que al individual de digamos, el científico y el artista, Y es capaz de dedicarse a las ideas y a los ideales que en última instancia son una misma cosa.

La élite revolucionaria de la Rusia zarista fue, como todo componente de esa sociedad, creación del Estado. Se necesitaban especialistas y el Estado patrocinó su educación. Pero no podían educarse sin exponerse a las ideas, perspectivas, visión y logros de Occidente. "No bien habían entrado los elementos jóvenes de los viejos Estados en las iluminadas zonas de la ideología europea, cuando irresistiblemente rompieron casi sin titubear con el Feudalismo y la ortodoxia heredada", escribía Trotski. Al crear una clase ilustrada el Estado ruso creó a la vez un instrumento necesario y un enemigo natural y trató de usar el instrumento y de contener al enemigo usando una disciplina de terror.

Este terror le dio a la élite rusa cierto prestigio intelectual. Debido a su total oposición a la vieja Rusia, se moldearon en la imagen contraria. Contra la intolerancia establecida, ellos presentaron una intolerancia revolucionaria, contra el odio y la violencia zaristas, violencia y odio

revolucionario, contra la vieja ortodoxia, nueva ortodoxia, por viejos ídolos, nuevos ídolos. Eran la antítesis de sus contrarios. Se formaron aislándose de su propia gente ya que la occidentalización los separó de los órganos principales de la masa rusa. Como los hijos bien educados de los pobres inmigrantes que vinieron a Estados Unidos, estos rusos ya no podían ver las cosas como las veían el resto de sus compatriotas ni respondían a ciertos sentimientos que ya no compartían. Para contrarrestar su aislamiento se confundieron en la apasionada solidaridad de los verdaderos creyentes, derramando sus energías en un fervor de fe y esperanza (aunque a veces no de caridad). Adoradores, portadores de lo absoluto, fanáticos del mundo, vivían, según lo describe Trotski, "en una terrible tensión moral, en concentrado asceticismo, en sacerdocio cerrado caracterizado por su fanatismo en ideas, su auto-limitación sin compasión, su desconfianza y sospecha y por la alerta vigilancia de su pureza".

A pesar de eso, entre todo el pueblo ruso sólo estos pocos fanáticos aislados, aterrorizados y exilados estaban preparados para la tarea revolucionaria. Sólo estos conversos a una fe extranjera, disciplinados en la esterilidad de su ortodoxia tenían los valores y propósitos comunes, la técnica de grupo selecto y de acción concertada que se necesitaba para gobernar a Rusia. Y ellos gobernaron. Los sueños que algunos tenían de servir a una democracia proletaria desaparecieron en una pesadilla. Costumbres arraigadas en una sociedad por más de diez siglos de historia demostraron ser más fuertes que los preceptos de la nueva doctrina. Un pueblo que había bailado por tanto tiempo al son del látigo zarista no pudo bailar en seguida al son de los violines de la democracia. El gigante ruso, feroz y herido, enredado en una madeja de controversias de la que no podía desenredarse, paralizado por hambre y miseria, desorganizado y aturdido, volvió a bailar al son del látigo. Esta vez fue la élite revolucionaria sobreviviente, el grupo comunista, quien impuso su baile.

Los comunistas no pueden negar el hecho de que el proletariado no fue quien hizo la revolución rusa. Esto nos sugiere una verdad mucho más profunda y significativa que ellos seguramente negarán: que el proletariado es incapaz de llevar a cabo una revolución en ningún sitio. Limitado por las aflicciones del desarraigado, atrapado en las tensiones e inseguridades propias del industrialismo, el proletariado puede ser una fuerza de insurrección. Pero insurrección no es revolución. Expropiación no es revolución. Un cambio de jefes no hace una revolución. Revolución es básicamente la reestructuración creativa de las formas de relación social y de la interacción de los procesos sociales. Este cambio revolucionario no lo puede realizar el proletariado. ¿Por qué no?

Los marxistas, que creen que el proletariado puede realizar una revolución, sólo admiten como fuerza motivadora el interés en uno mismo y lo equiparan con posible acción política. Postulan además que el "socialismo" como fórmula de organización económico-social, multiplicaría los beneficios del proletariado. Aun suponiendo que ésto fuera así, no podemos llegar necesariamente a la conclusión de que el proletariado pueda crear socialismo. El proletariado es una abstracción, no es un ser con mente y voluntad. El proletariado no actúa. Sólo los proletarios actúan, escogen y tienen el autointerés. No podemos identificar el interés del proletariado como colectividad con la suma de los autointereses de los proletarios; ni debe ser la concurrencia de actuaciones por los proletarios, cada uno actuando en su propio interés confundida con aquella acción que servirá al interés colectivo del proletariado. Así a veces nos equivocamos y confundimos al tratar de ver al grupo como análogo del individuo, la unión obrera al trabajador, la nación al ciudadano, la humanidad al hombre. Durante dos mil años una hermandad de hombres representando el Cristianismo se ha afanado en la autointeresada búsqueda de autointerés y aún no ha logrado llevarnos a comenzar una revolución de amor, de caridad.

Si suponemos que el proletariado puede hacer una revolución socialista (o cualquier otra clase de revolución) entonces tenemos que probar que el individuo proletario sería impulsado, sería competente y podría actuar de una cierta manera para transformar de una forma creativa la mecánica de la actividad social. Pero los marxistas señalarán que si la burguesía como clase hizo una revolución, ¿por qué no puede hacerlo el proletariado? Este es el enigma. El capitalista actúa, en su papel económico, como un individuo; el proletariado actúa bajo órdenes, como una masa organizada y disciplinada. En la época de la revolución burguesa, el poder económico estaba ampliamente disperso. Las decisiones económicas eran hechas por individuos relacionados entre sí únicamente por el mecanismo del mercadeo. En cualquier sociedad las actividades del proletariado están organizadas bajo un plan que les es impuesto desde arriba que supone que la función de hacer decisiones debe estar cada vez más centralizada y separada de la competencia y comprensión de aquellos que actúan bajo órdenes.

No importa con qué clase de mundo sueñe o desee el proletario, si actúa como proletario no puede organizar, idear, ni delinear los pasos hacia la realización de ese mundo. Sólo los que tienen poder pueden usarlo para revolucionar las formas sociales y económicas. Sólo los que dirigen actividades pueden reformar esas actividades por sus propias decisiones. En la situación inicial burguesa, precisamente porque esté poder de hacer decisiones independientes estaba disperso entre los miembros de una "clase", fue que esa clase pudo llevar a cabo

la revolución. Pero aun entonces la burguesía revolucionó la sociedad sin estar consciente de la "sociedad"; sin haber planeado una revolución, sin ningún "ismo" en la mente, simplemente a través del individuo comprando y vendiendo, invirtiendo, dirigiendo sus negocios y administrando sus propiedades. Pero cuando se organizan actividades, es deber de quienes les toca dirigir las imponer la revolución.

Cuando el poder de hacer decisiones está distribuido entre muchos, pueden surgir cambios básicos a través de la actuación independiente de esos muchos. Puede darse una revolución organizada, sistematizada. Pero donde el poder está centralizado y la función de hacer decisiones concentrada, no puede surgir una revolución organizada, sólo puede darse una revolución impuesta.

El torbellino de cambio que reconstruye sin tregua el mundo moderno tiene tres aspectos, tres fases. Hay una revolución política, una económica y una revolución de la civilización.

La revolución política es el esfuerzo por desarrollar un instrumento que pueda expresar mejor la voluntad y los valores y que pueda tratar de manera más efectiva con los problemas de los hombres agrupados en comunidades. La revolución política está asociada con el término nacionalismo. Es innegable que la nación-Estado fue una gran innovación, una gran brecha social que fue abierta. Fue así que se creó un mecanismo de acción comunal basado en las afinidades genuinas de aquellos que componen la comunidad. En vez de agruparse a base de linderos geográficos, de alianzas tradicionales o de señorío hereditario, los hombres se juntaron y actuaron como uno porque sentían todos como uno: como franceses, como ingleses, como alemanes, como italianos y como sienten ahora los árabes y los africanos.

El sentido de unidad surgió de una serie de experiencias o experiencias comunes: históricas, lingüísticas, culturales, religiosas o de características étnicas especiales. La nación-Estado, basada en las sentidas afinidades de la masa, proveyó un instrumento de actuación colectiva mucho más poderoso y efectivo que ninguno de los anteriores.

Aun así no se puede suponer que una revolución política acaba al lograrse la nacionalidad. La comunidad "sentida" no es ni estática ni permanente. ¿Con quién me siento afin? ¿con los de Alabama o con los de India?, ¿con los de mi misma raza?, ¿con aquéllos que llaman a Dios por el mismo nombre que yo?, ¿con aquellos que comparten mis convicciones? A medida que el sentido de afinidad se disuelve y cambia y busca nuevas formas y criterios de parentesco, los linderos de nacionalidad se convierten en arbitrarios. La nación se torna obsoleta.

La nación se torna aún más obsoleta al ser cada vez más incapaz de tratar con los problemas del hombre haciendo vida de comunidad.

Uno de los fines primordiales del instrumento de acción política es subordinar los intereses y las actividades de particularidades a un interés general y a una actividad integral de la cual son parte las particularidades.

Los componentes esenciales, los grupos significativos de relación general trascienden cada vez más los límites de las naciones. La Royal Dutch Shell o la Standard Oil Company, ¿supeditan o condicionan su actividad a la forma de gobierno de Inglaterra, Venezuela, Estados Unidos o Kuwait? Claro que no. Aquello que es objeto de control así como también los fenómenos de depresión, inflación y cambio tecnológico, ha salido del alcance de los instrumentos de control. Sin embargo, algo más fundamental que todo esto es otro fracaso de la nación-Estado.

El objetivo primario del instrumento de acción social es darle seguridad a los miembros de la comunidad. Hoy día la nación-Estado ya no puede, ni por medio de alianzas, ni de diplomacia, ni acumulando poderosas armas, proteger y preservar a sus miembros de una destrucción casi completa. La tecnología moderna usada para crear instrumentos de guerra es tan poderosa que una nación podría arrasarse total y simultáneamente todos sus enemigos, pero aun así no podría salvarse ella. Es horrible darse cuenta que cada vez más naciones quieren poseer esta temible arma de destrucción universal. El destino de la humanidad estará en las manos de los egomaníacos y que son elevados a prominencia política por el azar y el juego de la política. Desaparecerá la salvación por medio de la diplomacia. Es que el sistema mundial de naciones-Estados soberanas está obsoleto. Sólo le quedará al mundo superarse o perecer. La más crítica fase de la revolución política aún está frente a nosotros.

La revolución económica surge de la lucha del hombre por producir más y tener más. Está asociada con el término industrialización, pero esto conlleva mucho más que cambiar de lo agrícola a lo industrial. Significa un paso adelante desde una sociedad que vive del artesano que deja en herencia sus destrezas en forma de ritual de generación en generación, a una sociedad que en la organización de la producción y de la distribución introduce un plan y un proyecto racional, de precisión microscópica, de examen ordenado, de elección calculada entre el uso de lo humano o lo mecánico, de explotación sistemática de aquello que la invención y la ciencia le ponen a la mano.

Estamos en el umbral de otro "salto" en la revolución económica de la explotación calculada de lo que nos ofrece la ciencia y la invención al uso sistemático de la ciencia y las técnicas de invención para lograr un progreso económico organizado. De la utilización racional de los frutos de los descubrimientos, nos movemos ahora hacia el cultivo

deliberado de las plantas que producen esos frutos. Del uso racional de las energías sociales en el proceso de producción, entramos en la deliberada canalización de los poderes creativos del hombre en la corriente del progreso científico, tecnológico y económico.

Desde el siglo xv los pueblos han ido madurando hasta convertirse en naciones. Desde el siglo xvii las naciones han ido cruzando el umbral de la industrialización. Nacionalidad e industrialización han sido los logros de la revolución moderna. Pero de estos logros han surgido demonios. La revolución moderna le ha dado gran poder al hombre; el hombre sabe cómo emplear ese poder; pero no sabe como vivir con él. Ese poder lo esclaviza. Estamos todos atrapados en un miedo común.

Somos criaturas de un monstruoso egoísmo nacional que no conoce más valor. Las naciones son los viles dioses de nuestro tiempo que llevan a los hombres hacia su destrucción. Atrapados en su propio juego, van tropezando hacia el abismo.

Las grandes máquinas de nuestras poderosas economías oprimen almas y destrozan hombres con sus tensiones mientras vierten artículos de consumo. Llegará un tiempo en que sólo un cambio dentro del hombre mismo podrá salvarlo. Ningún adelanto científico, ningún aumento en la capacidad productiva, ningún triunfo diplomático puede darle significado a la vida ni sentido a los años. Si deseamos coexistir, tenemos que cambiar de actitud. La civilización tiene que ser revolucionada.

Así Jawaharal Nehru encontró que "Nada resulta tan extraordinario hoy día, como la progresiva conquista del mundo físico por la mente del hombre. El hombre ya no tiene que ser víctima de circunstancias externas. Pero la trágica paradoja es que conquistando el mundo físico fracasó en conquistarse a sí mismo. De ahí el tumulto y el conflicto interno de nuestro tiempo: de un lado el grandioso y abrumador progreso de la ciencia y la tecnología y de otro lado un cierto agotamiento de la civilización misma. Las viejas civilizaciones, a pesar de sus virtudes, probaron ser inadecuadas. La nueva civilización occidental con todos sus logros, triunfos y bombas atómicas también parece ser inadecuada y crece el sentimiento de que algo anda mal en nuestra civilización. Indudablemente nuestros problemas son los de la civilización misma".

La revolución moderna es una revolución económica, política, de la civilización toda, indivisible, continua, pero aun así, variada en todas partes.

Nos confrontamos ahora con un problema especial. Los pueblos de Africa, Arabia, Asia y Latinoamérica se esfuerzan por desprenderse de una vieja carga de pobreza y desunión internas. Están luchando por adquirir fuerza en la nacionalidad y en la industrialización. Pero es-

tán todavía en el seno de la revolución nacional y de la revolución económica. Esas son sus revoluciones. Para los Estados Unidos esas revoluciones son historia, herencia. ¿Qué es lo que une a los de Estados Unidos con las revoluciones de esos pueblos? ¿Cuál podrá ser nuestro interés, nuestra meta, nuestra estrategia con respecto a ellos?

La compasión y la culpa nos ata a la revolución de los retrasados y empobrecidos ya que mientras nosotros celebrábamos banquetes ellos carecían de pan. Esto conflige con el sentido de solidaridad humana. Si visualizamos nuestras relaciones hacia ellos como relaciones contractuales—entonces no les debemos nada porque nosotros como colectividad, no hemos tomado nada de ellos. Conociendo la corrupción de sus líderes, los lujos de sus ricos y la inactividad de sus pobres es justo y razonable que permanezcamos indiferentes a que ellos se hundan o no en el lodo. La razón y la justicia justifican nuestra indiferencia, pero aun así, nuestra indiferencia está mal porque tenemos una obligación. No tenemos deudas para con los hombres. Aunque la expresión está un poco anticuada, lo que tenemos es una obligación para con Dios, para con el Hombre.

Estamos atados por un interés económico. A menudo se dice que necesitamos desarrollar áreas subdesarrolladas para expandir nuestros mercados. Esto es dudoso tanto en lo referente al hecho como en lo referente al valor de nuevos mercados. El proceso de desarrollarlos crea también competidores y hace cerrar mercados ya existentes. Tampoco necesitamos de la industrialización de esas tierras para asegurar que nos proveerán siempre de las materias primas esenciales que obtenemos de ellas. Ni siquiera las ganancias de la inversión americana en el exterior guardan proporción con los beneficios que daría esa misma inversión si fuera usada para estimular la economía americana. El lazo económico que nos une a la revolución de esos pueblos subdesarrollados es sutil, casi invisible, pero no obstante, de una gran significación.

Ni el comercio ni la acumulación de capital son los responsables de nuestro bienestar económico. Esas son trivialidades. El elemento decisivo es la proporción en que adelantamos en la ciencia y la tecnología para conocer el por qué y el cómo de las cosas. Este cúmulo de conocimientos constituye nuestro mayor tesoro; un haber económico. Ahora bien, ¿de dónde proviene este haber? No hay industria en Estados Unidos que no deba su existencia y sus logros a las ideas y conocimientos de un extranjero. Y ese don del genio creativo y de la capacidad de dedicación laboriosa se encuentra entre toda clase de hombres, en todas las naciones. Pero aun teniendo esas cualidades innatas los hombres no podrían hacer su aportación si no se elevan antes del

estado animal y les son dados los instrumentos: entrenamiento, educación y tiempo. Para unir y elevar las potencialidades creadoras de las masas mundiales hace falta una revolución mundial, una industrialización mundial. Nuestro interés económico en la industrialización de los países subdesarrollados estriba en que así se ensancharían grandemente las fuentes de adelanto científico y tecnológico.

Otra cosa que nos ata a esas revoluciones es nuestra propia necesidad de revolucionar la civilización. Para poder realizar una comunidad universal en que todos estemos unidos por un sentido de identidad y por valores comunes, es necesario que los hombres se unan como iguales sobre una base de respeto mutuo. No podemos realizar tal comunidad mientras nos veamos unos a otros a través del prisma de los aventajados y los desventajados, de la envidia del pobre por el rico, de la rastrera ingratitud del pordiosero por su benefactor y el desprecio del benefactor por el pordiosero, de la desconfianza de los educados hacia los ignorantes, del miedo de los ricos por la envidia de los pobres, de la parálisis de la debilidad, de las tentaciones que da el poder. Una comunidad universal necesita una igualdad substancial en las condiciones de los hombres y esto requiere una revolución económica mundial.

¿Apoyaremos el nacionalismo de estos pueblos subdesarrollados? El nacionalismo tiene un interés creado en viejos rencores y eleva sus odios como bandera, pero aún así puede que sea necesario. En vez de crear gobiernos que guían un rebaño de individuos que no se sienten formar parte de él, el nacionalismo crea un gobierno en una comunidad que se siente como una. Puede que esto sea un paso hacia una más amplia comunidad "sentida". El nacionalismo puede ser usado para realizar la industrialización en cuanto él crea un instrumento más efectivo de acción colectiva. Hay razones para apoyar la revolución nacional; pero no para apoyar el culto al nacionalismo. La revolución nacional crea una comunidad sentida pero el culto al nacionalismo neutraliza al individuo en el grupo y ahoga su voz de hombre. El culto al nacionalismo, que adora aquello que causa separación, constituye un obstáculo a la comunidad mundial. Santificando su propia historia, escondiendo sus fracasos, glorificando sus luchas, experto en buscar chivos expiatorios, se desvía continuamente de la dura tarea de fomentar el desarrollo económico y el mejoramiento humano.

El mundo está dividido por una lucha ideológica de esas que son desastrosas porque no admiten reconciliación; sólo cansancio y muerte. No pueden ser resueltas porque están basadas en imágenes que carecen de significado humano. ¿Quién es supremo: Cristo, Moisés o Mahoma? Siglos de matanza no lograron contestar esa pregunta. Los comunistas predicán justicia, hermandad y odio. Los no-comunistas

predican libertad, democracia y odio. Por lo menos tienen algo en común: el odio. Pero el peligro para el hombre está, no en la realización de los valores comunistas o no comunistas, sino en la perversión de esos valores: matar en nombre de la hermandad, robar en nombre de la justicia, callar en nombre de la libertad. El peligro del comunismo está no ya en sus metas sino en su estrechez, intolerancia, ortodoxia, proselitismo y violencia.

Nos confrontamos con una nueva religión que ha hecho de una forma particular de organización económica su altar y su símbolo: el Comunismo. A los pueblos subdesarrollados les ofrece una fe, guía para los confundidos, un sitio dentro de su organización, una técnica efectiva para la industrialización. Como pago exige la ortodoxia. Nosotros deberíamos tener derecho a ayudar a esos pueblos a industrializarse sin tener que pagar el precio que exige el comunismo ya que somos de los que preferimos disentir aunque seamos aplastados y porque evitaríamos que esos pueblos fueran aislados de nosotros y de nuestros valores.

No podemos ni debemos suponer que los comunistas no tienen nada que aportar a los países subdesarrollados, a nosotros y a la revolución de la civilización.

Tampoco podemos cometer el error de convertirnos simplemente en su imagen contraria: de ser antisocialistas porque ellos son socialistas, de abrazar un espiritualismo que es tan dañino como su materialismo, de crear una ortodoxia en la cual aprisionan mentes como antítesis a su ortodoxia.

A la revolución de los pueblos subdesarrollados nos une un sentido de solidaridad con los pobres, nuestro deseo de ensanchar las avenidas de ese progreso que es producto del intelecto humano y la necesidad de crear una nueva dimensión en las relaciones entre los hombres.

Sin embargo, no es esto lo que motiva a los que hacen nuestra política. Más que eso, nuestra política lo que expresa es un sincero anticomunismo. Un anticomunismo ingenuo y práctico mantiene poderes nativos sinceramente opuestos y completamente contrarios a los comunistas. En los pueblos subdesarrollados los más opuestos a los comunistas son probablemente lo que son contrarios a que haya cambios básicos. Su odio puede que se derive no a falta de dedicación a los derechos humanos sino de su sentido de adhesión al *status*. Una política que se ate a los caprichos de esos hombres se pone en contra de la reforma fundamental necesaria. Así abundan descontentos y frustraciones que rayan en fanatismo y explotan en violencia. Así es la historia del apoyo de América a Chiang-Kai-Shek en la China Continental.

Un anticomunismo ingenuo y práctico trata de librarse de la revolución económica con préstamos y regalos de alimentos y maquinaria, de carreteras, represas, fábricas, proyectos de todas clases diseñados y construidos por ingenieros extranjeros, usando maquinaria extranjera y pagados con fondos de dinero extranjero. Esto lo que hace es estancar el poder político del anticomunismo seguro y realista. El anticomunismo puede que sea una virtud pero no es ninguna cualificación para la difícil y osada tarea del desarrollo revolucionario. Y si el anticomunismo resulta inepto en la tarea o es enemigo de la reforma, entonces mantenerlo en el poder sería impedir el cambio. Se dan regalos y se obstaculiza el cambio.

Así se preserva el *status quo*. Pero si lo que se necesita es una transformación económica radical y revolucionaria, el sólo dar regalos no resolverá nada. Los caprichosos dioses dieron a España en una época de apogeo, todo el oro de las Indias controlando así las riquezas del mundo. España devoró esas riquezas y permaneció tal cual estaba ella: primitiva y retrasada. Hoy día el regalo de maquinaria, equipo y técnicos y expertos americanos tampoco podrán desarrollar el poder productivo de una España o de cualquier otro país.

El sólo dar regalos lo que hace es abrir apetitos sin proveer medios para satisfacerlos luego. Cuando la ayuda se ha convertido en habitual; pero no vendrá habitualmente en el futuro, el descontento frenético de los limosneros por haber sido rechazados se tornará en violencia y venganza. Así sucedió con la ayuda americana a Arabia.

La verdad ineludible es que para que esos pueblos subdesarrollados puedan hacerse ricos y productivos, para que puedan acercarse a nosotros como iguales a compartir como amigos, es necesaria la transformación de su sistema político, económico y social, un rehacer de nuevo toda esa maquinaria. El problema a que nos enfrentamos no es el de mantener el *status quo* porque el cambio es peligroso. El cambio es peligroso; pero permanecer inmóviles es fatal. La solución está en encontrar un ritmo adecuado de cambio.

Tampoco necesitan los anticomunistas demostrar que son amigos en tiempos de crisis. Nuestra mente se haya limitada por un hábito mental de ver el mundo como un tablero de ajedrez de naciones, donde nuestra suerte se decide en juegos de guerra y diplomacia, donde el sitio y poder de cada uno están demarcados y donde todo se resuelve con ganar el juego. En el ajedrez los peones tienen una forma de pasarse al lado contrario y en este mundo moderno el peligro surge de posiciones adoptadas inesperadamente. No hay nada más que recordar los testarudos y astutos políticos americanos y europeos que apoyaban el nacimiento del nazismo y el fascismo como barrera contra el comunismo. En un abrir y cerrar de ojos esos confiables anticomunistas eran

amigos de los soviéticos y enemigos de los que habían confiado en ellos. con rapidez similar nazistas y facistas cogieron al mundo por el cuello: tanto a los comunistas como a los capitalistas. ¿Podremos fácilmente olvidar que en aquella lucha a muerte ni el capitalismo ni el comunismo habrían podido sobrevivir sin la ayuda el uno del otro? ¿Volveremos a fracasar en divisar al enemigo? El enemigo no es enemigo sólo de la nación; es enemigo de la civilización. El camina libremente por el extranjero, adopta todos los colores, dogmas y banderas como suyos. Penetra toda ortodoxia, ruge bajo los pies de la multitud, está adentro en el corazón de la masa. Puede que sea ya parte de nuestra propia carne. Sólo podremos combatirlo si combatimos por salvar la civilización.

¿Cuál es entonces el ritmo adecuado de cambio para esos países subdesarrollados? En los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, la revolución económica surgió de las iniciativas independientes y de la creatividad espontánea de masas y generaciones de artesanos, mercaderes y pequeños comerciantes. Esta forma de cambio tiene muchas virtudes: forjó el individualismo responsable y seguro de sí mismo que constituye la base de nuestra forma de democracia. También tiene algunas desventajas: es relativamente ineficiente cuando la tarea no es ya penetrar en lo desconocido, sino adaptarse a formas de organización tecnológica conocidas pero sumamente complicadas. Así provee una forma lenta de adelantar. Mas aún el *laissezfaire* lleva a una desigualdad extrema en la distribución de la riqueza. En las fases iniciales de la industrialización occidental esa desigualdad era necesaria para hacer posible la inversión concentrada y en masa. Hoy día, el acentuar las desigualdades y agrandar el abismo que existe entre las clases en los pueblos subdesarrollados, sería invitar a una guerra de clases y preparar el camino para un golpe comunista.

Tampoco está Occidente suficientemente capacitado para guiar a otros por caminos de industrialización que una vez nosotros recorrimos. Esos pueblos van a comenzar ahora; nosotros llevamos ya dos siglos y medio por esos caminos. Aunque ellos quieran llegar a lo que ahora seamos nosotros, no somos el modelo adecuado para un comienzo. Nuestra industria no es ya la pequeña e individualista empresa de los primeros tiempos de la revolución. Actualmente la organización de nuestra economía se acerca más a la dirección centralizada de puro socialismo que a la pura competencia del capitalismo inicial. La perspectiva y las habilidades de nuestros líderes, nuestros ingenieros, y nuestros hombres de negocios son de una naturaleza distinta a la que se requiere para las tareas iniciales de una revolución burguesa.

La revolución burguesa necesita fundamentalmente de una burguesía revolucionaria: fuerte, independiente, empedernidamente indi-

vidualista, ambiciosa e industriosa, poseída por la visión tecnológica y la chispa creadora.

De esto se dio cuenta Trotski al preparar su plan para la revolución rusa. Pero con la excepción de algunos países en Latinoamérica, en los pueblos subdesarrollados del mundo no existe tal burguesía. Allí el capitalismo no es el capataz que dirige el cambio sino quien manipula las propiedades. Y la realidad es que sin una burguesía revolucionaria no puede haber revolución burguesa, no puede haber una transformación fundamental en la economía.

Pero es que en otros pueblos tampoco se desarrolló ni se fomentó una burguesía revolucionaria. Se está entrenando cierto número de administradores, ingenieros, expertos, agentes, todos hombres de organización; esto se hace por medio de programas educacionales y de adiestramiento, de programas de trabajo para las agencias gubernamentales y las grandes corporaciones internacionales. Pero no se entrena una burguesía revolucionaria.

Lo que nosotros debemos hacer es: donde parezca que puede darse una revolución burguesa, favorecerla, estimularla y hacer posible el financiamiento que la libraría de la necesidad de la riqueza mal distribuida como base para la inversión. Pero como la posibilidad de que se dé esa transformación espontánea e impulsada por fuerzas internas es muy remota, mejor es que estemos preparados para la alternativa: una revolución impuesta.

Si el cambio ha de ser planeado, controlado, fomentado o restringido, entonces debe haber un instrumento de poder centralizado que planee, controle, fomente o restrinja. La revolución impuesta requiere acción colectiva suficientemente poderosa como para sobreponerse a la resistencia de las costumbres, de los hábitos, de los intereses creados en el *status* y suficientemente creadora como para reconstruir instituciones y crear nuevas.

Esta capacidad para la actuación colectiva no se explica por la forma de gobierno, ni por las leyes o constituciones que se tengan, ni por filas escalonadas de políticos, burócratas y policía.

La capacidad de actuar colectivamente no tiene que ver con la forma de gobierno sino con la substancia cultural. Está formada por los hábitos de disciplina; actitudes ante la autoridad; ética y convenciones aceptadas; ideas que tiene el individuo sobre sus obligaciones, prerrogativas o puesto; de la inclinación a transigir; del hábito de mandar; de la voluntad de obedecer.

El éxito con el cual ha sido impuesta una cierta forma de revolución económica en Rusia y que ahora está siendo impuesta en China, se debe en gran parte a las fuerzas centrípetas evidentes desde hace mucho tiempo en ambas culturas. En esas culturas la historia ha for-

jado una poderosa capacidad de actuación colectiva por medio de la agencia central de dirección. En Rusia el Estado Zarista era dispensador de religión, árbitro de fe, progenitor de cultura, fuente de desarrollo económico, era el todo. En China, Confucio enseñó la paternidad de un Estado deificado y las obligaciones y ética de una burocracia centralizada.

Desde tiempos antiguos la sociabilidad colectiva y la capacidad para el control centralizado sobre vastas áreas y multitudes dispersas hicieron de China la maravilla del mundo. Es cierto que sus gobiernos extremadamente ineptos caían, pero la capacidad de esos dos pueblos de responder efectivamente al gobierno era siempre la misma. Un instrumento eficaz de actuación colectiva le fue ofrecido a los que heredaron el poder. De manera similar, en Japón y en Alemania fue impuesta una revolución económica aunque de color diferente, pero su imposición estaba fundada en una capacidad cultural de esos pueblos para la actuación colectiva.

Una revolución organizada requiere una burguesía revolucionaria pero una revolución impuesta lo que requiere es una fuerte capacidad de actuación colectiva. La tragedia de los pueblos subdesarrollados es que generalmente no poseen ninguno de los dos requisitos. Como la revolución nacional promete unir la comunidad en un todo integral de actuación efectiva capaz quizás de contrarrestar su propia inercia social, el nacionalismo ha atraído las esperanzas, esfuerzos y entusiasmo de lo mejor y también los venenos de lo peor.

La revolución impuesta no sólo requiere que exista ese instrumento de acción colectiva, sino que requiere además que ese instrumento sea usado para obtener cambios básicos. Debe haber quienes puedan concebir metas y encontrar caminos, debe haber una élite revolucionaria. Los comunistas han encontrado esa élite, o la han creado, y la han cultivado e indocinado. Así deberíamos hacer nosotros ya que la élite revolucionaria es la llamada a dirigir la revolución impuesta.

En este proceso de indocinación los comunistas tienen una ventaja. Tienen una fe, un dogma y un método apropiado para aquellos empeñados en elevar a su pueblo de las viejas rutinas. Ellos están preparados para impartir y enseñar la forma apropiada de imponer la revolución económica. Pero nuestra perspectiva y nuestros valores no están dirigidos ni diseñados para atender la necesidad revolucionaria. No tenemos a las generaciones que hicieron la revolución sino a las que cosecharon sus frutos. Como ya llegamos a donde íbamos, preferimos la estabilidad.

Las élites revolucionarias de los pueblos subdesarrollados están listas para ser indocinadas. Su experiencia limitada a lo nativo, no

es adecuada para su tarea. Para encontrar pautas deben mirar más allá de sus historias. Ellas harán de la revolución lo que nosotros le enseñemos a hacer y no harán lo que no querramos que hagan si no les enseñamos cómo. Traemos a algunos de ellos a nuestras escuelas y los exponemos a nuestra cultura. Entonces, como a nuestros hijos, los preparamos no para revolucionar una sociedad retrasada, sino para vivir en una sociedad que hace tiempo pasó del portal de la revolución económica. No los hemos preparado para realizar su tarea en su particular ambiente. Muchas veces ellos vuelven a sus sociedades y éstas no tienen uso para sus destrezas ni escape para los conocimientos que nosotros les hemos dado. Sus esperanzas se van agriando y sus amarguras presagian mal para el futuro. Si queremos que ellos sirvan de agentes para realizar nuestros fines, entonces debemos definir nuestros fines y debemos ser para ellos maestro y sostén.

Todavía queda un último instrumento para la realización de la revolución económica en los pueblos subdesarrollados. Esta es la gran corporación internacional, institución única de este tiempo. La gran corporación internacional es en sí misma una comunidad y un gobierno que puede trascender los linderos y la significación de una nación. Este poderoso mecanismo es capaz de extenderse infinitamente: hasta India o Indiana, hasta Birmania o Birmingham. Su niversal habilidad es poner a trabajar hombres y recursos para obtener una alta producción. La nación es un mecanismo para la organización de poder. Las grandes corporaciones son mecanismos para la organización de la producción y distribución; para entrenar hombres y diseñar herramientas, para avanzar en la tecnología y explotar la ciencia, para la integración mundial de la inversión, las destrezas, energías, ideas, experiencias, recursos, y necesidades.

La gran corporación internacional podría ser un maravilloso instrumento para la realización de la revolución económica en los pueblos subdesarrollados donde falta la burguesía revolucionaria que evitaría la necesidad de darle culto al nacionalismo. Las grandes compañías forman una comunidad por encima de las naciones, una comunidad donde se podría crear una infraestructura práctica y útil que sirva de base a la comunidad mundial.

La compañía internacional ofrece los medios para la integración de los pueblos y la promoción de los retardados. Pero sus motivaciones no están a la altura de sus potencialidades. No está motivada a realizar esas tareas y ahora no hay ningún poder nacional o supranacional que le ordene realizarlas. No obstante la gran corporación debe ser utilizada hasta el límite para realizar estos grandes propósitos. Sus poderes de organización deberían ser subordinados a la necesidad ge-

neral. Por persuasión, por coerción o por paga, las grandes compañías deberían ser movilizadas deliberada y conscientemente para recrear las economías de los pueblos subdesarrollados, estableciéndose donde su gran capacidad sea necesitada, reclutando y levantando en sus filas administrativas a las gentes nativas, juntándonos todos en una gran comunidad laboriosa.